

HEREDIA Y HEREDIA, JOSÉ MARÍA DE (1803-1839)

*POEMAS FILOSÓFICOS E HISTÓRICOS*

INDICE:

VANIDAD DE LAS RIQUEZAS  
AL POPOCATEPETL  
EN EL TEOCALLI DE CHOLULA  
INMORTALIDAD  
POESÍA  
NAPOLEÓN  
SÓCRATES  
CATÓN  
PLACERES DE LA MELANCOLÍA  
FRAGMENTOS  
AL COMETA DE  
A SILA  
LOS COMPAÑEROS DE COLÓN  
CONTEMPLACIÓN  
PROGRESOS DE LAS CIENCIAS  
FRAGMENTO  
ATENAS Y PALMIRA  
MISANTROPÍA  
A LA GRAN PIRÁMIDE DE EGIPTO

VANIDAD DE LAS RIQUEZAS

Si la pálida muerte se aplacara  
Con que yo mis riquezas le ofreciera,  
Si el oro y plata para sí quisiera,  
Y a mí la dulce vida me dejara;

¡Con cuánto ardor entonces me afanara  
Por adquirir el oro, y si viniera  
A terminar mis días la Parca fiera,  
Cuán ufano mi vida rescatara!

Pero ¡ah! no se libentan de su saña  
El hombre sabio, el rico ni el valiente:

En todos ejercita su guadaña.

Quien se afana en ser rico no es prudente:  
Si en que debe morir nadie se engaña,  
¿Para qué trabajar inútilmente?

## AL POPOCATEPETL

Tú que de nieve eterna coronado  
Alzas sobre Anahuac la enorme frente,  
Tú de la indiana gente  
Temido en otro tiempo y venerado,  
Gran Popocatepetl, oye benigno  
El saludo humildoso  
Que trémulo mi labio te dirige.  
Escucha al joven, que de verte ansioso  
Y de admirar tu gloria, abandonara  
El seno de Managua delicioso.

Te miro en fin: tus faldas azuladas  
Contrastan con la nieve de tu cima,  
Cual descuellas encima  
De las cándidas nubes que apiñadas  
Están en torno de tu firme asiento:  
En vano el recio viento  
Apartarlas intenta de tu lado.  
¡Cuál de terror me llena  
El boquerón horrendo, do inflamado  
Tu pavoroso cóncavo respira!  
¡Por donde ardiendo en ira  
Mil torrentes de fuego vomitabas,  
Y el fiero tlascalteca  
El ímpetu temiendo de tus lavas,  
Ante tu faz postrado  
Imploraba lloroso tu clemencia!  
¡Cuán trémulo el cuitado  
Quedábase al mirar tu seno ardiente  
Centellas vomitar, que entre su gente  
Firmísimos creían  
Ser almas de tiranos,  
Que a la tierra infeliz de ti venían!

Y llegará tal vez el triste día  
En que del Etna imites los furores,

Y con fuertes hervores  
Consigas derretir tu nieve fría,  
Que en torrentes bajando  
El ancho valle inunde,  
Y destrucción por él vaya sembrando.  
O bien la enorme espalda sacudiendo  
Muestras tu horrible seno cuasi roto,  
Y en fuerte terremoto  
Vayas al Anahuac estremeciendo,  
Y las grandes ciudades  
De tu funesta cólera al amago,  
Con miserable estrago  
Se igualen a la tierra en su ruina,  
Y por colmo de horrores  
Den inmenso sepulcro  
A sus anonadados moradores...  
¡Ah! ¡nunca, nunca sea!  
¡Nunca, oh sacro volcán, tanto te irrites!  
Lejos de mí tan espantosa idea.

A tu vista mi ardiente fantasía  
Por edades y tiempos va volando,  
Y se acerca temblando  
A aquel funesto y pavoroso día  
En que Jehová con mano omnipotente  
La ruina de la tierra decretara.  
El Aquilón soberbio  
Bramando con furor amontonara  
Inmensidad de nubes tempestuosas,  
Que con su multitud y su espesura  
La brillantez del sol oscurecieron:  
Cuando sus senos húmedos abrieron  
El espumoso mar se vio aumentado,  
Y entrando por la tierra presuroso,  
Imaginó gozoso  
A su imperio por siempre sujetarla.  
Los hombres aterrados  
A los enhiestos árboles subían,  
Mas allí no perdían  
Su pánico terror: pues el Océano  
Que fiero se estremece  
Temiendo que la tierra se le huye,  
A todos los destruye  
En el asilo mismo que eligieron.  
Acaso dos monarcas enemigos  
Que en pos corriendo de funesta gloria,

Sobrados materiales a la historia  
En bárbaros combates preparaban,  
Al ver entonces el terrible aspecto  
De la celeste cólera, temblaron:  
En un sagrado templo guarecidos,  
De palidez cubiertos se abrazaron,  
Y al punto sofocaron  
Sus horrendos rencores en el pecho.  
Pero en el templo mismo  
Los furores del mar les alcanzaban  
Que con ellos y su odio sepultaban  
Su reconciliación y su memoria.

Revueltos entre sí los elementos,  
Su terrible desorden anunciaba  
Que el airado Criador sobre la tierra  
El peso de su cólera lanzaba.

Tú entonces, del volcán genio invencible.  
El ruido de las ondas escuchaste,  
Y al punto demostraste  
Tu sorpresa y tu cólera terrible.  
Cual sacude el anciano venerable  
Su luenga barba y cabellera cana,  
Tal tú con furia insana  
La nieve sacudiste que te adorna,  
Y humo y llamas ardientes vomitando,  
Airado alzaste la soberbia frente,  
Y tembló fuertemente  
La tierra, aunque cubierta de los mares.  
Entonces dirigiste  
A la ondas la voz, y así dijiste:  
¿Quién ha podido daros  
Suficiente osadía,  
Para que a vista mía  
Mi imperio profanéis de aqueste modo?  
Volved atrás la temeraria planta,  
Y no intentéis osadas  
Penetrar mis mansiones, visitadas  
Sólo del aire vagaroso y puro+.  
Así dijiste, y de su seno oscuro  
Con horrible murmurio respondieron  
Las ondas a tu voz, y acobardadas  
Al llegar a tus nieves eternas  
Con respetuoso horror se detuvieron.  
De espumas y cadáveres hinchadas,

Mil horribles despojos arrastrando  
Hasta tu pie venían,  
Y humildes le besaban,  
Y allí la furia horrenda contenían.  
Jehová entonces su mano levantando,  
Dio así nuevos esfuerzos a las ondas,  
Que súbito se hincharon,  
Y a pesar de tu rabia y tus bramidos  
A tus senos ardientes se lanzaron.

Mas aun allí tu cólera temían,  
Pues de tu ardiente cráter arrojadas,  
Y en vapor transformadas,  
Vencer tu resistencia no podían.  
Pero Jehová contuvo tus furores,  
Y sobre tu cabeza  
Con inmortal, divina fortaleza  
Aglomeró las ondas espumosas.  
Viéndote ya vencido  
Por el mar protegido de los cielos,  
En tu seno más hondo y escondido  
Los fuegos inextintos ocultaste,  
Con que tu claro imperio recobraste  
Pasados los furores del diluvio.  
En tanto de tus senos anegados  
Un negro vapor sube,  
Que alzando al éter columnosa nube,  
Al universo anuncia  
Los estragos del húmedo elemento,  
De Jehová la venganza y la alta gloria,  
Su tan fácil victoria,  
Y tu debilidad y abatimiento.

Después de la catástrofe horrorosa  
Luengos siglos pasaste sosegado,  
Temido y venerado  
De la insigne Tlaxcala belicosa.  
Jamás humana planta  
Las nieves de tu cima profanara.  
Mas ¿qué no pudo hacer entre los hombres  
la ansia fatal de eternizar sus nombres?  
Mira tu faz el español osado,  
Y temerario intenta  
Penetrar tus misterios escondidos.  
El intrépido Ordaz se te presenta,  
Y a tu nevada cúspide se arroja.

En vano con bramidos  
Le quisiste arredrar; entonces airado  
Ostentas tu poder. Con mano fuerte  
Procuras de tu espalda sacudirle,  
Y haciéndole temer próxima muerte,  
Por los aires despides  
Mil y mil trozos de tu duro hielo,  
Y amenazas con llamas abrasarle,  
Y le encubres el cielo  
Y la lejana tierra  
Con pómez y volcánica ceniza  
Que a fuer de lluvia bajo sí le entierra.  
Mas él, siempre animoso,  
Ve tu furor con ánimo sereno:  
Holla tu nieve, y desde tu ancha boca  
Mira con ansia tu hervoroso seno.

Mil victorias y mil doquier lograba  
El español ejército valiente,  
Pero ya finalmente  
La pólvora fulmínea les faltaba.  
Y su impávido jefe fabricarla  
Con el azufre de tu seno quiere.  
Hablara así a sus huestes el grande hombre:  
\*Eterno loor a aquel que se atreviere  
A acometer empresa de tal nombre+.  
Así dice, y Montaña valeroso,  
La voz de honor oyendo que le anima,  
Baja a tu ardiente sima,  
Y tus frutos te arranca victorioso.

¿Con fuerza te estremeces? ¡ah! yo creo  
Que a cólera mi labio te provoca.  
De tu anchurosa boca  
Humo y sulfúrea llama salir veo.  
¿Qué? ¿me quieres decir fiero y airado  
Que sólo he numerado  
Los terribles ultrajes que has sufrido?  
Basta, basta, oh volcán; ya temeroso  
El torpe labio sello;  
Pero escucha mis súplicas piadoso:  
No quieras despiadado  
Ser más temido siempre que admirado.  
Jamás enorme piedra  
De tus senos lanzada  
Llene de espanto al labrador vecino;

Jamás lleve tu lava su camino  
A su fértil hacienda,  
Ni derribes su rústica vivienda  
Con tus fuertes y horribles convulsiones;  
Que el inextinto fuego  
Que en tu seno se guarda  
Para siempre jamás quede en sosiego.

#### EN EL TEOCALLI DE CHOLULA

¡Cuánto es bella la tierra que habitaban,  
Los aztecas valientes! En su seno  
En una estrecha zona concentrados,  
Con asombro se ven todos los climas  
Que hay desde el Polo al Ecuador. Sus llanos  
Cubren a par de las doradas mieses  
Las cañas deliciosas. El naranjo  
Y la piña y el plátano sonante,  
Hijos del suelo equinoccial, se mezclan  
A la frondosa vid, al pino agreste,  
Y de Minerva el árbol majestoso.  
Nieve eternal corona las cabezas  
De Iztaccihual purísimo, Orizaba  
Y Popocatepetl, sin que el invierno,  
Toque jamás con destructora mano  
Los campos fertilísimos, do ledo  
Los mira el indio en púrpura ligera  
Y oro teñirse, reflejando el brillo  
Del sol en occidente, que sereno  
En yelo eterno y perennal verdura  
A torrentes vertió su luz dorada,  
Y vio a Naturaleza conmovida  
Con su dulce calor hervir en vida.

Era la tarde; su ligera brisa  
Las alas en silencio ya plegaba,  
Y entre la hierba y árboles dormía,  
Mientras el ancho sol su disco hundía  
Detrás de Iztaccihual. La nieve eterna,  
Cual disuelta en mar de oro, semejaba  
Temblar en torno de él; un arco inmenso  
Que del empíreo en el cenit finaba,  
Como espléndido pórtico del cielo,  
De luz vestido y centellante gloria,

De sus últimos rayos recibía  
Los colores riquísimos. Su brillo  
Desfalleciendo fue; la blanca luna  
Y de Venus la estrella solitaria  
En el cielo desierto se veían.  
¡Crepúsculo feliz! Hora más bella  
Que la alma noche o el brillante día,  
¡Cuánto es dulce tu paz al alma mía!

Hallábame sentado en la famosa  
Cholulteca pirámide. Tendido  
El llano inmenso que ante mí yacía,  
Los ojos a espaciarse convidaba.  
¡Qué silencio! ¡Qué paz! ¡Oh! ¿Quién diría  
Que en estos bellos campos reina alzada  
La bárbara opresión, y que esta tierra  
Brotaba mieses tan ricas, abonada  
Con sangre de hombres, en que fue inundada  
Por la superstición y por la guerra...?

Bajó la noche en tanto. De la esfera  
El leve azul, oscuro y más oscuro  
Se fue tornando; la movible sombra  
De las nubes serenas, que volaban  
Por el espacio en alas de la brisa,  
Era visible en el tendido llano.  
Iztaccihual purísimo volvía  
Del argentado rayo de la luna  
El plácido fulgor, y en el oriente,  
Bien como puntos de oro centellaban  
Mil estrellas y mil... ¡Oh! ¡Yo os saludo,  
Fuentes de luz, que de la noche umbría  
Ilumináis el velo,  
Y sois del firmamento poesía!

Al paso que la luna declinaba,  
Y al ocaso fulgente descendía,  
Con lentitud la sombra se extendía  
Del Popocatepetl, y semejaba  
Fantasma colosal. El arco oscuro  
A mí llegó, cubrióme, y su grandeza  
Fue mayor y mayor, hasta que al cabo  
En sombra universal veló la tierra.

Volví los ojos al volcán sublime,  
Que velado en vapores transparentes,

Sus inmensos contornos dibujaba  
De occidente en el cielo.  
¡Gigante del Anáhuac! ¿Cómo el vuelo  
De las edades rápidas no imprime  
Alguna huella en tu nevada frente?  
Corre el tiempo veloz, arrebatando  
Años y siglos, como el norte fiero  
Precipita ante sí la muchedumbre  
De las olas del mar. Pueblos y reyes  
Viste hervir a tus pies, que combatían  
Cual hora combatimos, y llamaban  
Eternas sus ciudades, y creían  
Fatigar a la tierra con su gloria.  
Fueron: de ellos no resta ni memoria.  
¿Y tú eterno serás? Tal vez un día  
De tus profundas bases desquiciado  
Caerás; abrumará tu gran ruina  
Al yermo Anáhuac; alzaránse en ella  
Nuevas generaciones, y orgullosas,  
Que fuiste negarán...  
Todo parece  
Por ley universal. Aun este mundo  
Tan bello y tan brillante que habitamos,  
Es el cadáver pálido y deforme  
De otro mundo que fue...  
En tal contemplación embebecido  
Sorprendióme el sopor. Un largo sueño  
De glorias engolfadas y perdidas  
En la profunda noche de los tiempos,  
Descendió sobre mí. La agreste pompa  
De los reyes aztecas desplegóse  
A mis ojos atónitos. Veía  
Entre la muchedumbre silenciosa  
De emplumados caudillos levantarse  
El déspota salvaje en rico trono,  
De oro, perlas y plumas recamado;  
Y al son de caracoles belicosos  
Ir lentamente caminando al templo  
La vasta procesión, do la aguardaban  
Sacerdotes horribles, salpicados  
Con sangre humana rostros y vestidos.  
Con profundo estupor el pueblo esclavo  
Las bajas frentes en el polvo hundía,  
Y ni mirar a su señor osaba,  
De cuyos ojos férvidos brotaba  
La saña del poder.

Tales ya fueron  
Tus monarcas, Anáhuac, y su orgullo,  
Su vil superstición y tiranía  
En el abismo del no ser se hundieron.  
Sí, que la muerte, universal señora,  
Hiriendo a par al déspota y esclavo,  
Escribe la igualdad sobre la tumba.  
Con su manto benéfico el olvido  
Tu insensatez oculta y tus furores  
A la raza presente y la futura.  
Esta inmensa estructura  
Vio a la superstición más inhumana  
En ella entronizarse. Oyó los gritos  
De agonizantes víctimas, en tanto  
Que el sacerdote, sin piedad ni espanto,  
Les arrancaba el corazón sangriento;  
Miró el vapor espeso de la sangre  
Subir caliente al ofendido cielo,  
Y tender en el sol fúnebre velo,  
Y escuchó los horrendos alaridos  
Con que los sacerdotes sofocaban  
El grito del dolor.

Muda y desierta  
Ahora te ves, pirámide. ¡Más vale  
Que semanas de siglos yazcas yerma,  
Y la superstición a quien serviste  
En el abismo del infierno duerma!  
A nuestros nietos últimos, empero,  
Sé lección saludable; y hoy al hombre  
Que ciego en su saber fútil y vano  
Al cielo, cual Titán, truena orgulloso,  
Sé ejemplo ignominioso  
De la demencia y del furor humano.

## INMORTALIDAD

Cuando en el éter fúlgido y sereno  
Arden los astros por la noche umbría,  
El pecho de feliz melancolía  
Y confuso pavor siéntese lleno.

¡Ay! ¡así girarán cuando en el seno  
Duerma yo inmóvil de la tumba fría!...

Entre el orgullo y la flaqueza mía  
Con ansia inútil suspirando peno,

Pero ¿qué digo? -Irrevocable suerte  
También los astros a morir destina,  
Y verán por la edad su luz nublada.

Mas superior al tiempo y a la muerte  
Mi alma, verá del mundo la ruina,  
A la futura eternidad ligada.

## POESÍA

¡Alma del universo, Poesía!  
Tu aliento vivifica, y semejante  
Al soplo abrasador de los desiertos,  
En su curso veloz todo lo inflama.  
¡Feliz aquel que la celeste llama  
Siente en su corazón! Ella le eleva  
Al bien, a la virtud: ella a su vista  
Hace que ríen las confusas formas  
Del gozo por venir: contra el torrente  
Del infortunio bárbaro le escuda,  
Haciéndole habitar entre los seres  
De su creación: con alas encendidas  
Osada le arma, y vuela  
Al invisible mundo,  
Y los misterios de su horror profundo  
A los hombres atónitos revela.

¡Sublime inspiración! ¡Oh! ¡Cuántas horas  
De inefable deleite  
Concediste benigna al pecho mío!  
En las brillantes noches del estío  
Grato es romper con la sonante prora,  
Largo rastro de luz tras sí dejando,  
Del mar las ondas férvidas y oscuras:  
Grato es trepar los montes elevados,  
O a caballo volar por las llanuras.  
Pero a mi alma fogosa es muy más grato  
Dejarme arrebatado por tu torrente,  
Y ornada en rayos la soberbia frente,  
Escuchar tus oráculos divinos,  
Y repetirlos; como en otro tiempo

De Apolo a la feliz sacerdotisa  
Grecia muda escuchaba,  
Y ella de sacro horror se estremecía,  
Y el fatídico acento repetía  
Del dios abrasador que la agitaba.

Hay un genio, un espíritu de vida  
Que llena el Universo: él es quien vierte  
En las bellas escenas de Natura  
Su gloria y majestad: él quien envuelve  
Con su radioso manto a la hermosura,  
Y da a sus ojos elocuente idioma,  
Y música a su voz, él quien la presta  
El hechizo funesto, irresistible,  
Que embriaga y enloquece a los mortales  
En su sonrisa y su mirar: él sopla  
Del mármol yerto las dormidas formas,  
Y las anima, si el cincel las hiere.  
Él en Fedra, en Tancredo y en Zoraida  
Nos despedaza el corazón: o blando,  
Con Anacreón y Tíbulo y Meléndez,  
Del deleite amoroso nos inspira  
La languidez dulcísima: o tronando  
Nos arrebata en Píndaro y Herrera  
Y el ilustre Quintana, a las alturas  
De la virtud sublime y de la gloria.  
Por él Homero al furibundo Aquiles  
Hace admirar, Torcuato a su Clorinda,  
Y Milton, más que todos elevado,  
A su ángel fiero, de diamante armado.

Por doquiera este espíritu reside,  
Mas invisible. Del etéreo cielo  
Baja, y se manifiesta a los mortales  
En la nocturna lluvia y en el trueno.  
Allí le he visto yo: tal vez sereno  
Vaga en la luz del sol, cuando éste inunda  
Al cielo, tierra y mar en olas de oro:  
De la música tiembla en el acento:  
Ama la soledad: escucha atento  
De las aguas con furia despeñadas  
El tremendo fragor. Por el desierto  
Los vagabundos árabes conduce,  
Soplando entre sus pechos agitados  
Un sentimiento grande, indefinido,  
De agreste libertad. En las montañas

Se sienta con placer, o de su cumbre  
Baja, y se mira del Océano inmóvil  
En el hondo cristal, o con sus gritos  
Anima las borrascas. Si la noche  
Tiende su puro y centellante velo,  
En la alta popa reclinado inspira  
Al que extático mira  
Abajo el mar, sobre su frente el cielo.

Es el ansia de gloria noble y bella:  
Yo de su lauro en el amor palpito,  
Y quisiera en el mundo que hoy habito  
De mi paso dejar profunda huella.  
De tu favor, espíritu divino,  
Puedo esperarlo, que tu aliento ardiente  
Vive eterno, y da vida; los mortales  
A quienes genio dispensó el destino,  
Ansiosos corren a la sacra fuente  
Que tu fogosa inspiración recibe.  
El mundo a sus afanes apercibe  
Indigno galardón. Cuando los cubre  
Vestidura mortal, vagan oscuros  
Entre indigencia y menosprecio: acaso  
De sacrílega mofa son objeto:  
Al cabo mueren, y sus almas tornan  
A la fuente de luz de que salieron,  
Y entonces, a despecho de la envidia,  
Un estéril laurel brota en sus tumbas.  
Brotan, crece, y ampara las cenizas  
Con su sombra inmortal: pero no enseña  
A los hombres justicia, y cada siglo  
Ve repetir el drama lamentable,  
Sin piedad ni rubor. ¡Divino Homero,  
Milton sublime, Taso desdichado,  
Vosotros lo diréis!  
Empero el genio  
El infortunio arrostra: sus oídos  
Halagan los aplausos que su canto  
Recibirá feliz en las regiones  
Del porvenir. Su gloria, su desgracia  
Excitarán la dulce simpatía  
En la posteridad de los crüeles  
Que a miseria y dolor le condenaron.  
Desde la tumba reinará: las bellas  
Con respeto y ternura suspirando  
Pronunciarán su nombre: ya centella

A sus ojos la lágrima preciosa  
Que arrancarán sus páginas ardientes  
A la sensible hermosa.

La ve, palpita, se entenece, y fuerte  
De la cruel injusticia se consuela,  
Y esperando su triunfo de la muerte,  
Al seno del Criador gozoso vuela.

¡Dulcísima ilusión! ¿Quién ha podido  
Defenderse de ti, si no ha nacido  
Yerto como los mármoles y troncos?  
¡Oh! ¡yo te abrazo con ardor! ¡Lo espero...!  
Algunas efusiones de mi Musa  
Me sobrevivirán, y mi sepulcro  
No ha de guardarme entero.  
Tal vez mi nombre, que el rencor proscribiera,  
Resonará de Cuba por los campos  
De la Fama veloz en la trompeta.

Al ver como su lienzo se animaba,  
El Correggio exclamaba:  
\*¡Yo también soy pintor!+ -¡Yo soy poeta!

## NAPOLEÓN

Sin rey ni leyes, Francia desolada,  
De anárquico furor cayó en la hoguera:  
Salvóla Bonaparte: lisonjera,  
La gloria en cetro convirtió su espada.

Tembló a su voz Europa consternada:  
Reyes la dispensó con faz severa;  
En Moscow, en Madrid su águila fiera,  
En Roma y Viena y en Berlín vio alzada.

¿Cómo cayó...? Vencido, abandonado.  
En un peñasco silencioso expira,  
Dando ejemplo a los déspotas terrible.

Al contemplar su fin desventurado,  
Clama la Historia, que su genio admira:  
\*¡No hay opresión, por fuerte, irresistible!+.

## SÓCRATES

¡No, jueces, condenéis con ciega ira  
De la augusta verdad al sabio amante...!  
¡Cielos...! El vil Melito, ya triunfante,  
La venganza logró por que suspira.

Sócrates firme con piedad le mira,  
Él se demuda, y con igual semblante,  
Apurando el veneno devorante,  
En brazos de Platón el sabio expira.

Presto remordimientos dolorosos  
Atenas siente, y su crueldad gimiendo  
Maldice, y sus fanáticos furores.

Temed, mortales, oprimir furiosos  
A la virtud sagrada, persiguiendo  
Al que osa combatir vuestros errores.

## CATÓN

De Roma esclava defensor Augusto,  
De Utica en la ribera miserable,  
Opónese Catón inexorable  
A César vencedor y Jove injusto.

Ajeno de furor, libre de susto,  
Contempla su destino inevitable:  
De la tierra el señor bríndale afable  
Su favor y amistad; mas él, adusto,

\*Desprecio+, clama, \*tu piedad. Mi vida  
Al Hado vil justificar pudiera  
Que tu ambición y crímenes corona+.

Dice, y rasga su pecho: por la herida,  
Indignada se lanza el alma fiera,  
Y el cadáver a César abandona.

## PLACERES DE LA MELANCOLÍA

Yo lloraré, pero amaré mi llanto,  
Y amaré mi dolor.  
-QUINTANA.

## FRAGMENTOS

### I

No es dado al hombre de su débil frente  
Las penas alejar y los dolores,  
Ni por campos de mirtos y de flores  
Dirigir el torrente de la vida.  
De las pasiones el aliento ardiente  
La enajena tal vez, y breves horas,  
En ilusiones férvidas perdido,  
Osa creerse feliz. ¿Quién no ha sufrido  
La fiebre del amor, ni qué alma helada  
No probó la dulzura emponzoñada  
Que en el beso fatal vierte Cupido?  
Yo adoré la beldad: cual sol de vida  
Lució a mis ojos, y bebí encendido  
El cáliz del amor hasta las heces.  
Mi alma fogosa, turbulenta y fiera,  
En todos sus placeres y deseos  
Al extremo voló: tibias pasiones  
Nunca en ella cupieron... Mas ¡ay! pronto  
Siguió a los goces y delirio mío  
La saciedad, el tedio devorante,  
Como sigue de otoño al sol brillante  
El del invierno pálido y sombrío.

Tal es la suerte del mortal cuitado:  
Agitarse y sufrir, después que siente  
El vigor de su pecho quebrantado  
Por su excesivo ardor, que al fin agota  
Del sentimiento la preciosa fuente.  
¿Qué hará el triste? Las flores de la vida  
Al soplo abrasador de las pasiones  
Marchitas sentirá. Doquier que mire  
Será el mundo a sus ojos un desierto,  
Y el misterioso abismo de la tumba  
Será de su esperanza único puerto.  
Así el piloto en tempestosa noche  
Sólo distingue entre su denso velo  
El mar furioso y el turbado cielo.

Entonces tú, gentil Melancolía,  
Serás bálsamo dulce que suavice  
Su árido corazón y le consuele  
Más que el plácido llanto de la noche  
A la agostada flor. Yo tus placeres  
Voy a cantar, y tu favor imploro.  
Ven: tonos blandos a mi voz inspira;  
Enciéndala tu aliento, y de mi lira  
Tiempla con languidez las cuerdas de oro.

¿Quién, en adversa o próspera fortuna,  
No se abandona al vago pensamiento,  
Cuando suspira de la tierra el viento  
Y de Cuba en el mar duerme la luna?  
¿Quién no ha sentido entonces dilatarse  
Su corazón, y con placer llevarse  
A mil cavilaciones deliciosas  
De ventura y amor? ¡Con qué deleite  
En los campos bañados por la luna  
Siguen nuestras miradas pensativas  
La sombra de las nubes fugitivas  
En océano de luz puro y sereno!  
¿Qué encanto hay en la calma de la noche,  
Del hondo mar en la distante furia,  
Que halaga al corazón? Melancolía,  
Tú respiras allí: tu faz amable,  
Velada entre vapores transparentes,  
Sonríe con ternura al que en tu seno  
Busca la paz, y al que de penas lleno  
Se acoge a ti, con mano compasiva  
Del rostro enjugas el sudor y llanto  
Mas la disipación furiosa, en tanto,  
En sus bailes y juegos y festines  
Hace beber de tedio triste copa,  
A los que por su halago seducidos  
Buscan entre sus pérfidas caricias  
Gozo y felicidad. Mustios, rendidos,  
Maldecirán al sol, y a sueño ansioso  
La frente atormentada reclinando,  
La suerte trocarán del bello día.  
¡Ansia falaz, funesta, cómo impía  
Me desecaste el corazón! ¡Oh tiempo  
De ceguedad y de furor...! Insano,  
En tormento sin fin buscaba dicha,  
Paz en eterna turbación... Empero  
A mis ojos el sol brilla más puro

Desde que ya, más cuerdo, no alimento  
De mi sangre el ardor calenturiento  
Soñando gozos y placer futuro.  
De la grata ilusión perdí el encanto,  
Pero hallé de la paz el bien seguro.

## II

Dulce es la soledad, en que su trono  
Asienta la feliz Melancolía.  
Desde la infancia venturosa mía  
Era mi amor. Aislado, pensativo,  
Gustábame vagar en la ribera  
Del ancho mar. Si los airados vientos  
Su seno hinchaban en tormenta fiera,  
Mil pensamientos vagos, tumultuosos  
Me agitaban también; pero tenía  
Deleite inexplicable, indefinido  
Aquella confusión. Cuando la calma  
Reinaba en torno, y el espejo inmenso  
Del sol en occidente reflejaba  
La noble imagen en columna de oro,  
Yo en éxtasis feliz la contemplaba,  
Y eran mis escondidos pensamientos  
Dulces, como el silencio de los campos  
De la luna en la luz. Y los pedantes,  
Azotes de la infancia, que querían  
Subyugar mi razón a sus delirios,  
Fieros amenazándome decían:  
\*Este niño holgazán y vagabundo  
Siempre necio ha de ser+. Y yo temblaba,  
Mas no los maldecía,  
Sino de ellos huía,  
Y en mi apacible soledad lloraba.

## III

¡Oh! ¡Si Dios, de mis males apiadado,  
Las alas de un espíritu me diera!  
¡Cuál por los campos del espacio huyera  
De este mundo tan bello y desdichado!  
¡Oh! ¡si en él a lo menos me ofreciera  
Una mujer sensible, que pudiera  
Fijar mi corazón con sentimientos

Menos vivos tal vez, menos violentos  
Que los que enciende Amor, pero más dulces  
Y duraderos! En su ingenua frente  
El candor y la paz me sonreirían:  
De este exceso de vida que me agobia  
Me aliviara su amor. Su voz piadosa,  
De aqueste pecho en la profunda herida  
Bálsamo de consuelo derramara,  
Y su trémulo acento disipara  
Las tinieblas de mi alma entristecida.

Encarnación de mi ideal esposa,  
¡Cómo te adoraré...! No por más tiempo  
Me hagas ansiarte y suspirar en vano:  
Mira que vuela mi verdor lozano.  
¡Ay! ¡Ven, y escucha mi rogar piadosa...!

#### IV

¿Quién placer melancólico no goza  
Al ver al tiempo con alada planta  
Los días, los años y los siglos graves  
Precipitar en el abismo oscuro  
De lo que fue? Las épocas brillantes  
Recorro de la historia... ¡Qué furores!  
¡Cuadro fatal de crímenes y errores!  
Doquier en sangre tññense las manos:  
Los hombres fascinados o furiosos  
Ya son juguetes viles de facciosos,  
Ya siervos miserables de tiranos.  
Pueblos a pueblos el dominio ceden;  
Y del orbe sangriento, desolado,  
Desaparecen, como en mar airado  
Las olas a las olas se suceden.  
De Babilonia, Menfis y Palmira  
Entre los mudos restos, el viajero  
Se horroriza de ver su estrago fiero,  
Y con profunda lástima suspira.  
¡Campos americanos! en vosotros  
Lágrimas verterá. ¿Qué pueblo ignora  
Vuestro nombre y desdicha? Circundado  
Por tenebrosa nube un hemisferio,  
Ocultábase al otro: mas osado  
Forzó Colón el borrascoso imperio  
Del Océano feroz. La frágil nave

Por los yermos de un mar desconocido  
En silencio volaba: la vil chusma,  
Pálida, yerta, con terror profundo,  
A la patria querida  
Tornaba ya la resonante prora,  
Cuando a sus ojos refulgente aurora  
Las playas reveló del Nuevo Mundo.

¡Hombres feroces! la severa historia  
En páginas sangrientas eterniza  
De sus atrocidades la memoria.  
Al esfuerzo terrible de su espada  
Cayó el Templo del Sol, y el trono altivo  
De Acamapich... Las infelices sombras  
De los reyes aztecas olvidados  
A evocar me atreví sobre sus tumbas,  
Y del polvo a mi voz se levantaron,  
Y su inmenso dolor me revelaron.  
¿Dó fue la raza candorosa y pura  
Que las Antillas habitó?... La hiere  
Del vencedor el hierro furibundo:  
Tiembla, gime, perece,  
Y, como niebla al sol, desaparece.

Sediento de saber infatigable,  
Del Tíber, del Jordán y del Eurotas  
Las aguas beberé, y en sus orillas,  
Asentado en escombros solitarios  
De quebrantadas míseras naciones,  
Me daré a meditar: altas lecciones,  
Altos ejemplos sacará mi mente  
De su desolación: ¡cuánto es sublime  
La voz de los sepulcros y ruinas!  
Allí tu inspiración pura y solemne,  
¡Oh Musa del saber! mi voz anime.  
Y tú también, genial Melancolía,  
Me seguirás doquiera suspirando,

O en mi lecho tu frente reclinando,  
Harás a mi descanso compañía.

V

¡Cuánto es plácida y tierna la memoria  
De los que amamos, cuando ya la muerte

A nuestro amor los arrancó! La tumba  
Encierra las inmóviles cenizas;  
Los ligeros espíritus pasean  
En el aire sereno de la noche  
En torno de los que aman, y responden  
A sus dulces recuerdos y suspiros  
En misteriosa comunión. Creedme;  
No lo dudéis: por esto son tan dulces  
Las solitarias lágrimas vertidas  
En la tumba del padre, del esposo  
O del amante, y el herido pecho  
Ama su llanto y su dolor piadoso.  
¡Oh tú, que para mí fuiste en la tierra  
De Dios augusta imagen! ¡Cuántas horas,  
Desde el momento que cerró tu vida,  
Por mí pasaron, llenas de amargura  
Y de intenso dolor! Sombra querida  
Del mejor de los padres, en el cielo  
Recibe de mi pecho lastimado  
La eterna gratitud. Mi dócil mente  
Con atención profunda recogía,  
De tu boca elocuente en las palabras,  
El saber, la verdad: aun de tu frente  
En la serena majestad leía  
Altas lecciones de virtud. Tus pasos,  
Tus miradas, tu voz, tus pensamientos  
Eran paz y virtud. ¡Con qué dulzura  
De mi pecho impaciente reprimías  
El ardimiento, la fiereza...! El cielo  
Contra el ciego furor de los malvados  
Sirviéndote de asilo, me dejara  
Entre borrascas mil... ¡Ay! a lo menos  
Iré a morir en tu sepulcro, y junto  
A tu polvo sagrado  
Reclinaré mi polvo atormentado,  
Que al eco de tres sílabas funestas  
Aun allí temblará. Mas tu memoria  
Será, mientras respire, mi consuelo,  
Y grato y dulce el solitario llanto  
Que la consagre, más que gozo alguno  
Del miserable suelo:  
¡No me abandones, padre, desde el cielo!

¡Patria...! ¡Nombre cual triste delicioso  
Al peregrino mísero, que vaga  
Lejos del suelo que nacer le viera!  
¡Ay! ¿Nunca de sus árboles la sombra  
Refrescará su dolorida frente?  
¿Cuándo en la noche el músico ruido  
De las palmas y plátanos sonantes  
Vendrá feliz a regalar mi oído?  
¡Cuántas dulzuras ¡ay! se desconocen  
Hasta perderse! No: nunca los campos  
De Cuba parecieron a mis ojos  
De más beldad y gentileza ornados,  
Que hoy a mi congojada fantasía.  
¡Recuerdo triste de maldad y llanto!  
Cuando esperaba paz el alma mía,  
Redobló la Fortuna sus rigores,  
Y de persecución y de furores  
Pasó tronando el borrascoso día.  
Desde entonces mis ojos anhelantes  
Miran a Cuba, y a su nombre sólo  
De lágrimas se arrasan. Por la noche,  
Entre el bronco rugir del viento airado,  
Suena el himno infeliz del desterrado.  
O si el Océano inmóvil se adormece  
De junio y julio en las ardientes calmas,  
Ansioso busco en la distante brisa  
La voz de sus arroyos y sus palmas.

¡Oh! no me condenéis a que aquí gima,  
Como en huerta de escarchas abrasada  
Se marchita entre vidrios encerrada  
La planta estéril de distinto clima.  
Mi entusiasmo feliz yace apagado:  
En mis manos ¡oh lira! te rompiste.  
¿Cuando sopla del norte el viento triste,  
Puede algún corazón no estar helado?  
¿Dó están las brisas de la fresca noche,  
De la mágica luna inspiradora  
El tibio resplandor, y del naranjo  
Y del mango suavísimo el aroma?  
¿Dónde las nubecillas, que flotando  
En el azul sereno de la esfera,  
Islas de paz y gloria semejaban?  
Tiende la noche aquí su oscuro velo:  
El mundo se adormece inmóvil, mudo,  
Y el aire punza, y bajo el filo agudo

Del yelo afinador centella el cielo.  
Brillante está a los ojos, pero frío,  
Frío como la muerte. Yo lo admiro,  
Mas no lo puedo amar, porque me mata,  
Y por el sol del trópico suspiro.

Vuela, viento del norte, y a los campos  
De mi patria querida  
Lleva mi llanto, y a mi madre tierna,  
Murmura mi dolor...

## VII

A ti me acojo, fiel Melancolía.  
Alivia mi penar; a ti consagro  
El resto de mi vida miserable.  
Siempre eres bella, interesante, amable;  
Ya nos renueves los pasados días,  
Ya tristemente plácida sonrías  
En la pálida frente de una hermosa,  
Cuando la enfermedad feroz anuble  
Su edad primaveral. Benigna diosa,  
Tu bálsamo de paz y de consuelo  
Vierte a mi alma abatida,  
Hasta que vaya a descansar al cielo  
De este delirio que se llama vida.

## Al Cometa de 1825

Planeta de terror, monstruo del cielo,  
Errante masa de perennes llamas,  
Que iluminas e inflamas  
Los desiertos del éter en tu vuelo:  
¿Qué universo lejano  
Al sistema solar hora te envía?  
¿Te lanza del Señor la airada mano  
A que destruyas en tu curso insano  
Del mundo la armonía?

¿Cuál es tu origen, astro pavoroso?  
El sabio laborioso  
Para seguirte se fatiga en vano,  
Y más allá del invisible Urano

Ve abismarse tu carro misterioso.  
¿El influjo del Sol allá te alcanza,  
O una funesta rebelión te lanza  
A ilimitada y férvida carrera?  
Bandido inaquietable de la esfera,  
¿Ningún sistema habitas,  
Y tan cerca del Sol te precipitas  
Para insultar su majestad severa?

Huye su luz, y teme que indignado  
A su vasta atracción ceder te ordene,  
Y entre Jove y Saturno te encadene,  
De tu brillante ropa despojado.  
Mas si tu curso con furor completas,  
Y le hiere tu disco de diamante,  
Arrojarás triunfante  
Al sistema solar nuevos planetas.

Astro de luz, yo te amo. Cuando mira  
Tu faz el vulgo con asombro y miedo,  
Yo, al contemplarte ledó,  
Elévome al Criador; mi mente admira  
Su alta grandeza, y tímida le adora.  
Y no tan sólo ahora  
En mi alma dejas impresión profunda.  
Ya de la noche en el brillante velo  
De mi niñez en los ardientes días,  
A mi agitada mente parecías  
Un volcán en el cielo.

El ángel silencioso  
Que hora inocente dirección te inspira,  
Se armará del Señor con la palabra,  
Cuando en el libro del Destino se abra  
Una sangrienta página de ira.  
¡Entonces, furibundo  
Chocarás con los astros, que lanzados  
Volarán de sus órbitas, hundidos  
En el éter profundo;  
Y escombros abrasados  
De mundos destruidos,  
Llevarán el terror a otro sistema...!  
Tente, Musa: respeta el velo oscuro  
Con que de Dios la majestad suprema  
Envuelve la región de lo futuro.  
Tú, cometa fugaz, ardiente vuela,

Y a millones de mundos ignorados  
El Hacedor magnífico revela.

## A SILA

Triunfante Sila, cuyo carro fiero  
En las ruedas giró de la fortuna,  
La antigua libertad desde tu cuna  
Fue tu divinidad, tu amor primero.

Pero la Roma vil en que viviste  
No era ya la de Curcio y Cincinato  
Y Fabricio y Scipión: su pueblo ingrato  
Demandaba opresión, y se la diste.

De su antigua virtud sin el tesoro,  
El senado magnífico de reyes  
Que al Orbe sometido impuso leyes,  
Prostituyó el poder, vendióse al oro.

Roma, víctima inmensa de facciones,  
Capaz de esclavitud, no de obediencia,  
Enmudeció temblando en tu presencia  
A fuerza de furor y proscripciones.

No fuiste vil por opresor: en vano  
Quisieras libertad: sólo veías  
Crimen y esclavos. En tan negros días  
Yo hubiera sido como tú tirano.

Con todo tu furor, romano fuiste,  
Porque la alzaste al fin libre y señora,  
Y con una sonrisa aterradora  
Más que mortal diadema depusiste.

Si tu brazo feroz a Roma oprime,  
La libertad tu esfuerzo generoso:  
Tú no faltaste a tu valor glorioso;  
Faltó tu siglo a tu virtud sublime.

Abdicaste el poder. Tu única gloria  
Terror profundo en su grandeza inspira.  
Y a los ojos del mundo que te admira,

Aislado te alzas en la vasta historia.

Diste con tanta sangre a los romanos  
Saludable lección. Así tu nombre,  
Que vivirá inmortal, tremendo asombro  
A facciosos, cobardes y tiranos.

## LOS COMPAÑEROS DE COLÓN

En los climas brillantes do Natura  
Más pródiga derrama sus tesoros,  
Habitaban los indios ignorados;  
Y eternamente en derredor ceñido  
Por océano profundo,  
Ocultábase un mundo al otro mundo.

Por un genio profético inspirado  
Le buscaba Colón. Embebecido,  
Meditaba en su gloria venidera,  
Mientras del este rápido impelida,  
De destinos preñada,  
Iba cortando el mar su breve armada.

Pero de sus cobardes compañeros  
Va creciendo el pavor. Un mar furioso,  
Navegado jamás, de mil terrores  
Llena su atormentada fantasía.  
Uno, el más atrevido,  
Les habla así con tono dolorido:

\*¡Compañeros de afán! Cuarenta veces  
Hizo su giro el sol, sin que veamos  
Las costas de la tierra codiciada  
Que nos anuncia el infeliz piloto,  
A quien ciegos creímos,  
Cuando anhelantes por el mar partimos.

En vez de las riquezas y la gloria  
Con que nos halagó su falsa lengua,  
Vemos muerte doquier. ¡Miseros! nunca  
Gozaréis las caricias filiales,  
Ni en languidez dichosa  
El dulce beso de la casta esposa.

Doquiera vuelvo en derredor los ojos,  
El horizonte vago recorriendo,  
Encuentra sólo mi turbada vista  
De tempestades hórridas cargado  
Un cielo triste y denso,  
Y en este oscuro mar sepulcro inmenso.

Nunca, nunca la altura en que vagamos  
Miró ningún mortal. Ved cuál se turba  
Ya trémulo el imán y vacilando  
A tanta inmensidad, nos abandona  
Bajo este ardiente cielo  
A errar sin esperanza ni consuelo.

Y al cabo a perecer. Hambre rabiosa,  
Sobre nosotros lanzaráse presto  
A finar en tormentos nuestra vida,  
Si antes no hallamos muerte menos dura  
En escollos clavados,  
O del fuego celeste fulminados.

Y ¿os obstináis en ceguedad funesta,  
Sordos ¡ay! a la voz del desengaño?  
¡Vil seductor! ¿A su codicia insana  
Nos hemos de inmolar? Alzad, amigos,  
Y la muerte evitemos,  
Y a la patria dulcísima tornemos+.

Dice, le aplauden, y sonando el eco  
Revuelve por el aire y oceano  
El extraño clamor, mientras en la popa,  
El cobarde murmurio despreciado  
De la chusma impaciente,  
Alza Colón imperturbable frente.

## CONTEMPLACIÓN

¡Cuán inmenso te tiendes y brillante,  
Firmamento sin límites! Doquiera,  
En el puro horizonte iluminado  
Por la argentada lumbre de la luna,  
Te asientas en el mar. Las mansas olas,  
Del viento de la tierra al blando soplo  
Levemente agitadas, en mil formas

Vuelven la luz serena que despide  
La bóveda esplendente, y el silencio  
Y la quietud que reina en el profundo,  
Llevan el alma a meditar.

¡Oh cielo,  
Fuente de luz, eternidad y gloria!  
¡Cuántas altas verdades he aprendido  
Al fulgor de tus lámparas eternas!  
De mi niñez en los ardientes días  
Mi padre venerable me contaba  
Que Dios, presente por doquier, miraba  
Del hombre las acciones, y en la noche  
El cielo de los trópicos brillante  
Contemplando con éxtasis, creía  
Que tantas y tan fúlgidas estrellas  
Eran los ojos vivos, inmortales  
De la Divinidad.  
Cuando la vista  
A la región etérea levantamos,  
Atónitos en ella contemplamos  
Del Hacedor sublime la grandeza.  
En el fondo del alma pensativa  
Se abre un abismo indefinible: el pecho  
Con suspirar involuntario invoca  
Una felicidad desconocida,  
Un objeto lejano y misterioso,  
Que del mundo visible en los confines  
No sabe designar. La fantasía  
Al recorrer la multitud brillante  
De soles y sistemas enclavados  
En su gloriosa eternidad, se humilla  
Ante el Creador, y tímida le adora.

Las leyes inmortales que encadenan  
Esta celeste fábrica, y los astros  
En elíptico giro precipitan,  
No desdeñan del hombre la miseria,  
Y con profundo universal acento  
Le dictan su deber. En todo clima,  
Del polo al ecuador, su voz augusta  
Beneficencia y paz impone al hombre,  
Que de pasiones fieras agitado  
Turba con su furor el triste globo,  
Y a error, venganza y ambición erige  
Sangrientos y sacrílegos altares.

Alma sublime, universal del mundo,  
Que en los humanos pechos colocaste  
La semilla del bien, la mente mía  
De la santa virtud por el sendero  
Dígnate dirigir: abre mi oído  
Al grito del dolor; haz que mi seno  
De la tierna piedad guarde la fuente,  
Y a la opresión, al crimen insolente,  
Pueda arrostrar con ánimo sereno.

## PROGRESOS DE LAS CIENCIAS

¡Fragmento!

La Física incansable, indagadora,  
Analiza la gran Naturaleza.  
Elevándose al éter Galileo  
Entre persecuciones y peligros,  
De inquisidor fanático a despecho,  
Consagrados errores disipando,  
Su libertad reivindicó a la mente.  
Armó de nuevos ojos al humano,  
La noble frente a Júpiter sublime  
Coronó de satélites, y a Febo  
Sentó en inmóvil refulgente trono.  
El volador cometa vagabundo  
De siglo en siglo iluminaba el cielo  
Con siniestro fulgor, vaticinando  
Fúnebre porvenir. La ciencia osada  
Midió por fin su elíptico sendero,  
Anunció su venida, despojóle  
De usurpado terror, y el astro, humilde  
Obedeció del sabio los decretos.

Toricelli, Pascal, su peso miden  
A la impalpable atmósfera: encerrado  
En férreo tubo el aire se desata,  
Y feroz ante sí lanza la muerte.  
Hijo del sol el septiforme rayo,  
Por cristalino prisma dividido,  
Entre la oscuridad que le circunda  
Hace brillar del iris los colores.  
En el convexo lente deja dócil  
Su fulgente corona, y concentrado

Se arma feroz de innumerables puntas,  
Y a los metales y al diamante muerde.

En primorosa imitación la esfera  
Rueda en sus ejes, dividiendo el año,  
Hace girar en su órbita la tierra,  
Y, de ella en pos, a la inconstante luna.  
A la vista Saturno aproximado,  
Revuelve sus anillos misteriosos,  
Que oculta o muestra: Júpiter eclipsa  
Sus brillantes satélites, y el sabio  
Nota el momento, y las distancias mide.

El imanado acero en equilibrio  
Busca del norte la querida estrella,  
Y en el inmenso mar, en negra noche,  
Fija su rumbo al navegante incierto.  
El agua, del calor atormentada,  
O al choque de la eléctrica centella  
En diferentes gases convertida,  
A la llama voraz pábulo presta.

Con inocente estrépito, a los ojos  
Estalla y luce simulado rayo,  
Que enseñó la atracción del verdadero,  
Y pudo el hombre desarmar las nubes.  
Del galvanismo al poderoso impulso,  
Tiembla y se agita el pálido cadáver  
Con misteriosa convulsión, y casi  
Duda su triunfo atónita la muerte.

Fiero coloso el arador se torna  
Del microscopio mágico en el seno,  
Y en sus miembros y espalda cristalina  
Centenares de músculos se cruzan.  
En un grano de polvo imperceptible  
Hierven insectos mil, y nuevos mundos  
A la asombrada vista se presentan.

Entre los senos de la tierra ocultos,  
La Química sorprende a los metales,  
Y su corriente sólida persigue.  
La acción devoradora de la llama  
Hace brotar de calcinadas piedras  
El líquido mercurio, y resplandece,  
Entre la arena vil, pálido el oro.

De blanda seda refulgente globo  
Hinche ligero gas: en él suspenso  
Deja la tierra el físico atrevido,  
Con rápido volar hiende las nubes,  
Muy más allá de su región oscura  
Bebe del sol purísimo la lumbre,  
Y sobre un horizonte ilimitado  
Los desiertos del éter señorea.

### ATENAS Y PALMIRA

Al contemplar las áticas llanuras  
En la serena cumbre del Himeto,  
Espectáculo espléndido se goza.  
Vense grupos de palmas que otro tiempo  
Oyeron de Platón la voz divina,  
Y entre masas brillantes de verdura  
Alza el olivo su apacible frente.  
Cubre la viña el ondulante suelo  
De esmeraldas y púrpura, y los valles  
En diluvio de luz el sol inunda.  
Entre tantas bellezas, majestosa,  
Con marmóreo esplendor domina Atenas.  
En sus dóricos templos y columnas  
Juega la luz rosada,  
Y con mágica tinta  
El contorno fugaz colora y pinta.

¡Cuadro admirable y delicioso! Empero  
Goza placer más puro y más sublime  
El solitario y pensador viajero  
Que a la luz del crepúsculo sombrío,  
Entre un océano de caliente arena  
Contempla el esqueleto de Palmira,  
De alto silencio y soledad cercado.  
¡Desolación inmensa! El obelisco,  
Cual roble anciano, se levanta al cielo  
Con triste majestad, y el cardo infausto,  
Brotando en grietas del marmóreo techo,  
Al viento sirio silba. En los salones  
Do la elegancia y el poder moraron,  
Hoy la culebra solitaria gira.  
En el suelo de templos quebrantados

Crece los pinos, y en las anchas calles,  
Que antes hirvieron en rumor y vida,  
Se mira ondear la yerba silenciosa.

Doquier yacen columnas derribadas  
Unas sobre otras, y en la gran llanura  
Incontables parecen los despojos  
De la grandeza y del poder pasado.  
Arcos, palacios, templos y obeliscos  
Forman un laberinto pavoroso  
En que inmóvil se asienta  
El silencioso genio de las ruinas,  
Y altas verdades, máximas divinas  
De su frente el dolor al sabio cuenta.

### MISANTROPIA

Entre deseos férvidos y penas  
Y tedio y duda fúnebre vagamos:  
\*Tan sólo sé que todo lo ignoramos+,  
Dijo el mayor filósofo de Atenas.  
Y dijo bien: el hombre miserable  
Nace para sufrir, y desmentida  
Queda la vana charla de los sabios  
Por el grito doliente que sus labios  
Lanzan en los umbrales de la vida.  
Desde la cuna hasta el sepulcro yerto  
Por siempre lucha con dolor y crimen,  
Y está por mil deseos abrasado,  
O bien suspira, por el tedio helado.  
Ni el sangriento laurel de la victoria,  
Ni el engañoso brillo de la gloria  
Endulzan ¡ay! su lamentable suerte.  
¡Hijo infeliz de incertidumbre y muerte!

Si finalmente deja fatigado  
La triste decepción de los placeres,  
Y en la razón estéril apoyado,  
Con vanas discusiones  
Establecer intenta sus deberes,  
Halla sólo doquier contradicciones,  
Y decidir no puede con certeza  
Do acaba la virtud, y el vicio empieza.  
La misma inspiración modificada

Es crimen o virtud, noble o perversa.  
Así la llama del valor divina  
Que un semidiós eleva en Decio fuerte,  
Respira sangre, asolación y muerte  
En el abominable Catilina.

Yo vi al pueblo furioso,  
De pérfido tirano  
Frenético besar la cruenta mano,  
Y bendecir su yugo pavoroso.  
¡Ay! de sus defensores al suplicio  
Vile aplaudir con vértigo funesto,  
Apellidar flaqueza la templanza,  
Y sublime virtud y santo celo  
Por el honor del Cielo,  
El odio vil y bárbara venganza.  
Por estúpidos brazos manejadas,  
Vi ¡oh baldón! a las armas vencedoras,  
De independencia ya conquistadoras,  
En discordia civil ensangrentadas.  
Justicia, humanidad, atropelladas  
Vi de la patria en el sagrado nombre:  
Como tigres o furias irritadas,  
Doquier vi al hombre perseguir al hombre.  
Doquier la demagogia sanguinosa,  
Cual hidra ponzoñosa,  
La multitud escuálida subleva;  
A desgarrar el seno de la patria  
Con furibunda ceguedad la lleva;  
Y maldiciendo el yugo de los reyes,  
Cubre de fango, lágrimas y sangre  
La Libertad y las holladas leyes.  
De Californias al opuesto polo  
Pululan ¡ay! los crímenes insanos:  
¡Veo cien mil demagogos, mil tiranos,  
Y ni un patriota solo...!

¡Oh Civilización! ven asentada  
En el carro del Tiempo silencioso,  
Y reanime tu soplo delicioso  
Del mundo yerto la beldad ajada.  
De opresores plebeyos y reales  
Caiga la destructora tiranía,  
Y al trono fiero y libertad impía  
No cerquen bayonetas y puñales.  
Cuarenta siglos de furor y males

Instruyan ¡ay! al hombre.  
La santa Religión su voz anime,  
Y fulminado el iracundo Marte,  
Despliegue triunfadora el estandarte  
De tolerancia y de moral sublime;  
Y en sus ejes eternos afirmado  
Con reposo profundo,  
goce justicia y paz el triste mundo.

## A LA GRAN PIRÁMIDE DE EGIPTO

¡Escollo vencedor del tiempo cano,  
Isla en el mar oscuro del olvido,  
Misterio entre misterios distinguido,  
De un inmenso arenal gran meridiano!

¡Montaña artificial, resto tremendo,  
Estructura sublime y ponderosa,  
Del desierto atalaya misteriosa,  
De la desolación trono estupendo!

En tu cumbre inmortal se dan la mano  
La eternidad que fue con la futura:  
¡La voz de lo pasado en ti murmura,  
De una tierra ya muda escombros vanos!

¡Qué triunfos, qué desastres, qué mudanzas  
Has presenciado! ¡Cuánta muchedumbre  
Siglo tras siglo contempló tu cumbre...!  
¿Qué se hicieron sus penas y esperanzas?

Cien imperios espléndidos, que fueron  
Nuevos en tu vejez, se han abismado:  
Reyes, sabios, guerreros han pasado,  
Y en el abismo mísero se hundieron.

De tus autores pereció la historia.  
Tal vez su polvo, que arrebató el viento,  
Empaña el exterior del monumento  
En que pensaban perpetuar su gloria.

Ancha en tu base, a un punto reducida  
Do te acercas al cielo, ¿no figuras  
El orgulloso error de las criaturas,

Y su esperanza en polvo convertida...?

Cuando tu incierto origen indagamos,  
Escribe en ti, cual en funérea losa,  
El irónico Tiempo: \*Obra gloriosa  
De monarca potente -que ignoramos+.

FIN

